

mida! El quedó salvo; y vosotros, luego despues, tubisteis que andar divididos y dispersos, como bandada de páxaros á vista del espantajo Murat, que vino á quitaros de entre las manos la presa que no supisteis ahogar con ellas. Conviene guardarle vivo para sacarle los tesoros con sus declaraciones, decíais, y decían otros; y lo guardabais para que fuese á declarar nuestro mísero estado ante Napoleon. Los millones ya no estaban en España, sino, unos en Francia, y otros en otras partes, adonde habian pasado por varios conductos ocultos, y maniobras judaycas. El no nos dexó aquí mas que la horrenda memoria de su nombre, y de sus escándalos y estragos.

Nos dexó la odiosa vista de sus palacios, pues ya no podia caber en uno su vanidad, que hoy son propriamente palacios encantados, pareciéndonos sueño lo que hemos visto, y lo que vemos. Este hombre se habia vuelto demente con tanto poder, y tanto gozar: desvanecida tendria la cabeza con el humo de tanto incienso como se le ofrecia en verso y en prosa, y hasta en los templos de Dios, en donde no habia jamás penetrado entre católicos la idolatría del poder humano. O! sagrada oracion! á qué vil oficio te habia prostituido la venal adulacion! ¿Nos admiráremos que á César Octaviano le erigiese un ara la gentil Tarragona; quando las efigies de este malvado, enemigo de la patria, y escandalo de la cristiandad, se introducian y colocaban en las casas del Señor, huyendo las de los Santos de su vecindad? Se colgaban las paredes de adornos, quando debieran cubrirse de luto: las campanas tocaban á fiesta, quando debieran á rebato. Estas sacrílegas demostraciones no serán creidas de la posteridad, y nosotros apenas las creerémos dentro de poco, haberlas visto. Lloren su pecado los que se desnudaron de todo respeto humano y divino para humillarse á tanta baxeza; y lloremos nuestra cobardía los que lo consentiamos con nuestra paciencia.

No contribuiría poco nuestra indolencia á fomentar la osadía y las esperanzas de Napoleon, para venir á sub-

yugar con el aparato de sus huestes una nacion tan habituada á sufrir, y á callar. Pero, esta misma paciencia torzada nos ha dado despues el espíritu y el esfuerzo para no sufrir mas. Dixo el pueblo, y solo tú supiste decirlo: hasta aquí llegó mi opresion; y no pasó de allí. Llegan los males á tal extremo, que su misma gravedad trae á veces remedio. El borrico, quando no puede aguantar mas, se echa al suelo con la carga: pero á nosotros nos ha sucedido lo que al camello, que humildemente arrodilla, quando le cargan mas de lo que puede llevar, se levanta. Perdonadme, lectores, que use de tan baxas imágenes, porque hemos llegado á tiempo, que no se encuentran símbolos para enseñar á los hombres, sino en los animales.

A este miserable estado de indiferencia nos habia reducido el poder tremendo del privado: nombre execrable que debe borrarse desde hoy de todos los diccionarios. Pero era todavía mas miserable y abominable el daño que su estragada vida hacia á las costumbres públicas y domésticas. Pensaban sus aduladores mas allegados que hacian mas agradable servicio á ese monstruo en imitarle en los vicios: y la adulacion juzgaba que con ellos podria granjearle la voluntad, de la qual pendia la distribucion de todas las gracias. Tambien, quando se cansaba de ser vicioso, mudaba de objeto á su querer, y queria parecer sábio. Contemplandose superior á todos en el poder; tambien pretendia serlo en las calidades del ánimo y del entendimiento. En todos los asuntos despoticaba S. E. sin haber abierto jamás un libro, lo mismo en las artes de la paz, que en las de la guerra. Dictaba reglas á los arquitectos, á los pintores, y demás artistas que llamaba para que, guiados por sus disvariadas ideas, trabajasen en sus obras: y así nunca se acababa nada, sino la paciencia de los profesores. Tambien echaba máximas de moral, y de política á su manera, que algunos bestiales aduladores recogian como sentencias de Platon, ó de Caton, y hubo quien las hacia repetir á sus hijos. Charlaba de táctica

con la satisfaccion de un Montecuculi, ó de un Alexandro Farnesio. Animaba á los militares á la guerra, saliendo con botas y espuelas á la sala de su corte, oliendo á ambar por no espantar á las damas; y con estas farsas, que duraban siete ú ocho dias, ha hecho sus campañas. Juzgaba como otro Apólo del mérito de las composiciones poéticas que el temor ó la esperanza le dedicaban; y mantenía, para solazarse, y fomentar su cansada lascivia en los ratos ociosos, poetas y poetisas de cámara que se la atizasen, Trinchaba en todo, nada dexaba hacer á los que podian ayudarle, y librarle de la risa y censura pública: quanto se imprimia en su nombre era parto de su pluma, y bien se le conoce. En fin no habia género de gloria á que quisiera renunciar. Tenia tambien su biblioteca, virgen y brillante, sin costarle un quarto, como su serrallo provisional, cuya manutencion corria de cuenta de las madres ó maridos, y la recompensa de los favores á cargo del erario. Tambien picaba en erudicion histórica. Y para que se vea hasta donde rayaba en este género su buen gusto: entre sus caballos tenia uno á quien le habia puesto el nombre de *Trajano*. Si de aquel virtuoso Emperador tenia tal concepto, que le convirtió en bruto, profanando su augusto nombre ¿qual le merecerian los mortales que enmudecian á su presencia? Al susodicho caballo llamaba él su amigo, por que se quejaba de no poder hallar uno entre los hombres: y tenia razon, pues no merecia el despota otros amigos que bestias. Ah! Si el bruto hubiese podido hablar, bien sé yo que le hubiera respondido enojado: yo no soy tu amigo, ni quiero serlo: si soy *Trajano*, subeme desde ahora al palacio, y baxa tú á la caballeriza.

¡Desgraciado hombre, cargado de tantos y tan enormes vicios, que no dieron lugar á ninguna virtud, con la qual pudiese borrarlos ni aun la mas servil adulacion! Lo que hemos visto en estos últimos años no lo han visto ni volverán á ver tal vez los siglos. Todo ha salido desmentido:

nuestros discursos, y la experiencia de las cosas pasadas. Cerrémos los libros: callen Tácito, Salústio, y Suetonio, y avergüenzese el mismo Machiabelo. Vuelvan al mundo, y verán quán cortos se quedaron, y como el desorden, y la locura del imperio ha desmentido en estos últimos tiempos la mayor parte de sus sentencias, y observaciones políticas. La experiencia les mostró que hubo y habria siempre desafueros contra la justicia y la razon; más no contra la misma naturaleza. ¿Qué diria ahora nuestro político Saavedra, si leyese lo que nos dexó escrito en la siguiente máxima, fundada en el orden natural de las cosas humanas? „ Quando el valimiento de un Privado (dice) es „ grande, al mismo Príncipe, autor suyo, dá zelos, y temor, y procura librarse de él. Reconoce el Príncipe que la „ estatua que ha levantado, hace sombra á su grandeza, „ y la derriba.“ Esto habrá sucedido, y es lo que debe suceder; pero estaba reservado, para desgracia nuestra, que experimentásemos todo lo contrario. Aquí el Príncipe jamás tubo zelos, ni temor: quando mas levantaba la estatua, mas amor cobraba á su hechura: quanto mas sombra le hacia ésta, con mayor seguridad se acogia debaxo de ella; y tan léjos estaba de derribarla, que se abrazó con ella en el ultimo peligro para caer juntos la obra y su hacedor. El favorito llevaba ya el cetro, y Carlos solo la corona para tener algo de Rey. Qué bien se podría decir de este infeliz Soberano lo que se dixo de Claudio: que de tal manera se habia entregado á sus favoritos, que no se acordaba que era Emperador sino se lo decian. La pluma se cae, y la nano se encoge, avergonzada de emplearse mas tiempo en describir las disoluciones y crímenes de este monstruo, autor de nuestra perdicion. Apartémos la vista hasta de su memoria, y dexémosle que goze en mala hora en casa de nuestros enemigos de los agasajos de otro monstruo mayor que él.

Tampoco quisiera traer otra vez á la memoria el retrato odioso de Napoleon: este nombre me indigna, y su

figura me hace estremecer. Ya dixé ocho años hace al ver su busto en una caja; este tiene cara de heresiarca; y á fé que á ninguno se la he visto. ¿Qué funesto presentimiento me inspiraría su fisonomía, para retratar por ella su corazón? No le traté de herege, ni de apóstata, porque nunca ha tenido religion que dexar, ni que abrazar: leí en su cara una profunda hipocresía, y en su vista perspicaz y sombría una malvada intencion: así se me representó como el fundador de una nueva secta, ya fuese política, ya religiosa. El mundo lo ha visto despues con espanto, y he tenido yo el dolor de ver realizada mi apprehension. Meditabundo, serio, tétrico, de pocas palabras y de mucha intrepidez, desterradas de su rostro la risa y la afabilidad, ambicioso de mando y de gloria; héte ahí Mahoma hecho y derecho, y para completar el paralelo, también tocado de epilepsia como el hijo de la Meca. Ambos vinieron al mundo para arruinar los fundamentos de la verdadera fé, y del imperio de los Reyes, y ambos han hecho correr rios de sangre humana en las tres partes del mundo. Lo que el Profeta árabe no pudo acabar por su mano, pues murió en medio de la carrera de sus empresas; lo acabaron sus califas. Pero el Corzo hace todos los estragos por sí mismo: cuida de su vida mas que Mahoma, que en un banquete murió envenenado con un plato de xigóte. El Corzo no convida, ni es convidado: lo mismo hacía nuestro Godoy, quando creciendo su poder crecía su temor. ¿Cómo se parecen los malvados sin yetse ni conocerse!

Para mayor desgracia del genero humano empezó el Corzo sus sangrientas correrías desde muy mozo, y amenaza su continuacion hasta consumir sus dias. La misma desventura nos cayó con Godoy, que habia consumado ya todas sus maldades antes de los quarenta años. A lo menos los romanos tenían algun genero de consuelo en medio de la opresion. Si no mudaban de tiranía mudaban de tiranos muy á menudo: y ya que no hallasen alivio á sus males, hallaban el gozo de ver morir á sus autores á

manos de la venganza popular, ó de la impaciencia pretoriana. Hubo Emperador que no imperó seis meses, y alguno ni seis dias. Entre la aclamacion y el entierro solia mediar un corto espacio: y el primero y ultimo dia eran á lo menos dias de alegría. Pero Napoleon respira para no dexar respirar á los que tantos años ha que padecen.

No se contenta con el título y la sobervia de Emperador: aspira al de Criador. Ya que no puede decir yo crié el cielo y la tierra é hice el hombre á mi imagen y semejanza, trabaja por regenerarle, esto es, por mudarle la naturaleza; que ya lo ha conseguido, segun lo hemos experimentado, con sus franceses. En la forma humana de los cuerpos ningun poder tiene su sobervia: ¿quánto no sentirá su arrogancia de que no le nazcan hombres con quatro brazos, para hacerles disparar dos fusiles á un tiempo, y saquear á quatro manos? Una ley y una lengua en el Continente, y un rebaño de carneros de una misma lana: y héte ahí la paz, y la armonía universal que tanto desea; y despues venga el Anticristo. Sin duda no será Napoleon, porque de aquel se cuenta que sembrará pesetas á dos manos; pero este las recoge todas para sí.

Todo lo quiere abolir: aborrece todo lo que trae el sello de antigüedad. Quiere que sea todo obra de sus manos. No quiere ni los restos, ni el nombre, ni la memoria del feudalismo; y hace feudos del Imperio francés á las nuevas soberanías que cria. No queria títulos, ni distinciones hereditarias, para no sacar á los franceses de la igualdad; y acaba de criar Duques, Condes, Barones, y Nobles. Nada viejo quiere; ni nuestra monarquía: y toma de los romanos la legion, los vélites, el tribunado, el senado el prefecto, el senado consulto, y de los griegos el odeón, y el athenéo &c.

Ya que no puede mudar el orden de nacer en los hombres, ha inventado el modo de hacerlos morir. La execucion de la pena capital es nueva en la justicia civil, y solo conocida entre la soldadesca. Los patíbulos altos, co-

* En nombre las naciones *
y en nombre las naciones *
y en nombre las naciones *

mo de degüello, garrote, y principalmente el de horca, se establecieron para que su vista amedrentase, y sirviesen de público escarmiento. En aquel estado, á lo menos, tiene el ajusticiado el consuelo de hablar al pueblo, de despedirse de sus amigos, de invocar al cielo, y de excitar la admiracion, ó la compasion de los expectadores, con su fortaleza, ó con su resignacion, antes de dar el cuello al verdugo. Pero el desventurado que van á arcabucear (no fusilar), sin levantar los pies del suelo, espera el tiro como un tímido conejo en un corral, sin poder tender la vista al mundo para despedirse de él. Rodeado de verdugos, pues á este oficio ha reducido sus soldados, cierra los ojos, y le abren el pecho seis balazos, dexando bañada en sangre la tierra donde queda tendido. Y para que se junte á esta crueldad la mayor infamia, el soldado francés es verdugo y ladrón en una pieza: dexa encueros vivos al malaventurado que entregan á su discrecion, quitándole la ropa antes que los fusilazos se la destrozen. La pluma se cae de la mano, y no puede proseguir.

Ya que no puede formar otro mundo, se afana en transformar sus habitantes en bestias. No puede mudar la Geografía física y natural, ni el curso de los rios, ni las cadenas de los montes, ni el asiento de las ciudades, ni las barreras de la naturaleza; pero trastorna los límites políticos de las provincias y reynos; acorta ó alarga fronteras; quita ó añade territorios, al modo que destruye Reyes en un país y los levanta en otro, y muda ó borra sus antiguos nombres. El atlas del mundo está en blanco, como despues del dilúvio; y los grabadores están con el buril en la mano aguardando, antes de trazar los lindes de los estados, que S. M. I. acabe de fixar de una vez el último destino del Continente europeo.

Se acabó el estudio de la Geografía: todos sabemos el nombre de la tierra en que hemos nacido, y no podemos adivinar el de aquella en que moriremos. Se acabó tambien el de la historia, pues perdieron su existencia y su nombre las naciones, y pueblos que dieron asunto á

la memoria de los historiadores, y pasto á la curiosidad de los viajeros. Ya no existen, nacion holandesa, ni veneciana, ni genovesa; ni Helvécia, ni Lombardía, ni Piamonte, ni Toscana, ni estados Pontificios, ni Ciudades Hanseáticas: todo se lo ha tragado el vientre del Imperio francés. Estos estados, tan famosos en los anales de la edad média, se deben considerar como los de la Grecia y del Asia menor despues de las conquistas de Mahometo y Selim Emperadores de los turcos. ¿Dónde están hoy los reynos del Ponto, de Armenia, de Lydia, Cária, Cilicia? ¿dónde de la Jónia, la Phrigia, la Troada? ¿dónde Macedonia, Trácia &c.? Los viajeros y los antiquarios buscan sus asientos en vano: y de muchas insignes ciudades ni las piedras han quedado.

Las conquistas de Napoleon no siguen el orden ni sistema de las antiguas. Ahora no dexa leyes, costumbres, usos, privilegios, clases: todo lo trastorna, hasta el culto divino. Introduce su moneda, su idioma, sus formulas y reglas de gobierno, su constitucion política y militar, y su código civil. Muda los nombres á los institutos que se digna dexar en pie: y lo peor, derrama con las tropas, y comisionados que envia á las conquistas, la perversidad de sus costumbres y su impiedad: en una palabra esclaviza las almas y los cuerpos. Esto se llama entre los franceses *organizar*, esto es, descompagnar.

Despues de saquear y organizar los payses á su arbitrio, les muda hasta los nombres vulgares y conocidos, latinizándolos al uso antiguo, porque los eruditos de París solo son consultados para estas pedanterías. Pero como S. M. I. se cansa de todo, ó muda de miras; otras veces los vuelve á su comun denominacion. Ya hemos visto como el Milanésado se llamó al principio *República Transalpina*, luego *Cisalpina*, conforme el oriente por donde la contemplaban aquellas cabezas desorientadas. No contento el Corzo con esta última denominacion, la llamó *República Italiana*, vez que anunciaba ya la suerte futura de toda la Italia; y al fin la convirtió en *Reyno de Italia* pa-

ra no andarse con mas recatos ni disimulos. Así hemos visto como el Tigre I. y R. se ha ido esperezando, quando le creían algunos mas dormido, hasta alcanzar con sus garras el cabo de Otranto; y al recogerlas se ha llevado de un refilón los estados del Papa, y la Toscana. Gracias al mar que libró de su zarpa á Sicilia, porque no es fiera que hace al agua, y no quiere mojarse las uñas.

¿Por qué no mudaria este Protéo la ciudad de Nápoles en *Panthénope*, y el reyno en *Magna-Grecia*, como mudó la Toscana en *Etrúria*, el Génovesado en *Liguria*, la Holanda, en *Batavia*, la Flandes en *Belgica*, la Suiza en *Helvecia*? Ya han vuelto estos estados á su propia y moderna fisonomía, quitándoles la última máscara. ¿No es esto jugar con las naciones como los niños con sustrebejos? ¿Como no mudaría el conquistador el nombre de Portugal en el de *Lusitania*, que suena con rotundidad romana? El se entiende, y Dios le entiende.

Con estas transformaciones, desmembraciones, é incorporaciones quedan de tal suerte destrozados, y confundidos los estados que caen baxo de su poder, sea como Emperador, como Rey, ó como protector; que, aunque por muerte ó locura del monstruo que los gobierna, se descompusiese la gran máquina que ha levantado en la Europa; sería imposible sin una especie de resurreccion, que volviesen á su primer orden y estado las diferentes piezas que se separaron de ella, unas encaxadas en otras, y otras desbaratadas. De aquí nacerian nuevas querellas entre los herederos, pretendientes, y vecinos; nuevas guerras, nuevas calamidades para los infelices pueblos, que tendrian que sufrir el rigor del remedio, acaso tan duro como el mal que padecen. Me parece que oigo los gritos agudos de aquel que se ha dislocado un pié quando el Cirujano se lo vuelve á su sitio.

En otros tiempos no sufrían las provincias, y pueblos conquistados semejantes trastornos. No eran alterados sus usos, leyes, costumbres, fueros, y forma de gobierno: ni la moneda, ni las contribuciones experimentaban mudanza. No habia mas novedad que la de recibir un Virrey ó

Gobernador extranjero con su Secretario, y el encabezar las cédulas ó edictos con el nombre del nuevo Príncipe que les tocaba en suerte, por cesion, conquista, ó herencia. ¿Qué sucedió en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milan, y Payses-Bajos, quando eran de la corona de España? No experimentaron mas mudanza que la dinastía del Soberano. Eran vasallos de España sin ser españoles.

Pero Napoleon todo lo usurpa, porque no es heredero de nada, sino del infierno, y así todo lo trastorna, ó lo incorpora en la masa del Imperio francés, para que jamás puedan desasirse los infelices pueblos sin deshacerse el cuerpo que se los tragó y convirtió en su sustancia. ¡Amarga y desconsolada idea: dexar de ser lo que uno fué: perder su patria, y hasta su nombre! Francés serás, con escarapela tricolor te honrarás, y aguilucho comerás, mal que te sepa.

No hablémos mas de estos monumentos de la nueva tiranía; contentémonos los españoles con que aquí podría mudar primero el curso de los rios que los corazones. Hablarémos de su espíritu de rapacidad, con el qual ceba á sus exercitos para que sufran pacientes las fatigas y peligros de la guerra por la esperanza de los saqueos. Este genero de táctica vandálica la conoce bien toda la Europa y nosotros la acabamos de experimentar de la fuita brutal y bárbara de sus hijos, tan parecidos á su padre, que nada hace con decoro sino con su natural fiereza. Aun en los vicios hay cierta manera que los dora, y les dá cierta templanza para quitarles parte de su fealdad. En la antigüedad hubo tambien famosos ladrones; pero los que se preciaban de astutos y polítics, por no ofender la religion de los pueblos, y la santidad de los templos, solian saquear con gracia y sin estrépito, y con su finura parece que querian pagar el precio de lo robado. Quando Dionisio, tirano de Sicilia, quitó á la estatua de Júpiter la capa de oro que tenia puesta, dixo: *En verano es pesada, y en invierno no abriga*. Otra vez, viendo á Esculapio con barbas de oro, dixo: *No parece bien que, no te-*

niendolas Apolo su padre, las tenga el hijo: y se las quitó. Pero Napoleon roba á lo Vérres, y sus soldados á lo Aláno. Así ha enriquecido su gran museo de París, formado casi todo de monumentos y preciosidades de los gabinetes de Europa, y despojos de las ciudades y cortes que tubieron la desgracia de recibir tal huesped. Deseaba tambien tener la espada de Francisco I, y no tubo valor para venir á buscarla: yo se la hubiera dado por la punta, sin sacarla de la armería. La noticia de este sacrificio, quando fué entregada á Murat, fué para mí una cruel estocada. El valor español la conquistó en Pavía, y tu perfidia, cobarde Corzo, nos la quita de las manos como regalo. Ya la tiene en su poder: júntela con la de Carlo-Magno, y la de Federico el Grande, ese chalán de hierro viejo; y tóqueselas despues en el corazon para probar su temple.

Antes fué París el empório de las ciencias y las letras; hoy es el almacén general de las rapiñas, centro del despotismo, y albañar de todos los vicios y escándalos del Imperio francés. Allí triunfan y se regalan como Sardanápalos los generales y pretores que han vuelto de las conquistas cargados de crímenes y tesoros.

No hay velo ni razones con que disculpar las barbaridades que cometen los fieros soldados de Napoleon en los templos. Concédaseles á su codicia è impiedad que saqueen los sagrarios y las sacristias que carguen con los santos si son de plata ó de oro, porque allí sacian su codicia con el valor del metal; pero que acuchillen las imágenes sagradas, y se entretengan en descabezarlas como si fuesen sensibles, no tiene disculpa, ni como odio, ni como diversion. La flaqueza de la naturaleza humana no puede servir de pretexto como en los demás excesos. Los moros harian esto; pero en este caso obarian por un principio de su religion, esto es, el horror á la idolatría. Lo mismo harian, y han hecho, los protestantes en las guerras de religion, por el mismo principio. Pero los franceses, que no profesan ninguna, ¿por qué principio obian de este modo?

Sus oficiales lo permiten, y los generales no lo castigan. Siquiera podrian perdonar estas efigies, como modelos de escultura algunas, ya que se precian los franceses de protectores y conservadores de las nobles artes: su gusto ya no está hoy sino en el paladar, y en la sensualidad, y en hacer derramar lágrimas al que les ha dado buen hospedage.

Pero ¿qué se puede esperar de exércitos de ateístas: plaga nueva en el mundo, y desconocida en la historia? Permitese entre ellos toda creencia, pero ningun culto: el cristiano, el judío, el herege, el gentil, á fuerza de perder todo exercicio de religion, falto de exemplo y de consejo, en su vida errante y feroz de los exércitos, donde van incorporados como hermanos, no en Cristo, sino en Napoleon; se convierten en hombres sin humanidad, ni piedad, ni sentimiento ninguno de moralidad. Solo se permite y prescribe la idolatría en los exércitos y en los vastos dominios del Imperio francés, no la de Cérés, ni de Cibéles, emblemas de la agricultura, y de la civilización de los pueblos, sino del nùmen maléfico Napoleon, el Emperador por su palabra, el omnipotente por la de sus infames adoradores, y el héroe por la de los que valen mas y pueden menos que él. *Vive l'Empereur* es el juramento, y la invocacion diaria de sus soldados en guerra y en paz. *Vive la liberté* fué antes quando eran los franceses mas sábios y mas locos. *Vive la paix* fué el penúltimo, quando espiraba la República. Con tan augusta salutacion se acuestan y levantan hoy los que sufren la esclavitud, y los que la defienden con las armas. No tienen otra deidad á quien invocar, porque no ven otra á quien temer.

Al cielo no levantan los ojos sino los logreros, y los astrónomos, que son los únicos sabios que no le incomodan: y no sé cómo se han olvidado de dedicarle algun nuevo astro, ó alguna constelacion de mal agüero prestándole su nombre; ó de desalojar de sus nichos del Zodiaco algun signo, como el Sr. Escorpion ó el Sr. Cáncer, colocando en su lugar la funesta figura de Napoleon.

Tampoco comprehendo por qué, siendo la Botánica otro de los estudios que ha dexado salvos y libres en su Imperio, no le han immortalizado sus profesores, bautizando con el nombre de este monstruo alguna planta de la familia de las venenosas? Pero él dirá para sí: mis obras me han immortalizado: mientras haya hombres no se les caerá mi nombre de la memoria: mi reyno es de este mundo: esté Dios en los cielos, pues no le he de ver la cara.

En Francia todo suena, ó revolucion, ó regeneracion. En el tiempo del furor democrático se quitaron los nombres de reyes y de santos, á las plazas, calles, y establecimientos públicos, convirtiéndolos en *nacionales y republicanos*. Viene el Corzo Napoleon á regenerarlos, y todo se napoleoniza, y con su nombre se rebautizan pueblos, plazas, calles, teatros, museos, paseos, puertas, puertos, navíos, institutos, y leyes. Solo falta que se diga: Napoleon me valga=vive Napoleon=Napoleon ayude á Vm. =vaya Vm. con Napoleon: del modo que hemos dicho hasta aquí: *Dios me valga: vive Dios: ayúdele á Vm. Dios: vaya Vm. con Dios.*

Quisiera despedirme para siempre de Napoleon, y no volver á emplear la pluma en sacarle el retrato; es muy difícil de darle el verdadero color, porque no tiene ninguno constante. Su nombre me estomaga, y su memoria me aflige: y tan presente le tengo, que en sueños batallo con él, y con sus exercitos, para dar fin de una vez á tan larga y reñida contienda.

Soné noches pasadas (tal era mi deseo de pacificar muy pronto la Europa sin disparar un tiro) que me habia convertido en gigante enormísimo, como de unas veinte leguas de altura, calzando un zueco de unas dos leguas de largo. Y como para mi empresa no necesitaba de armas ni del uso de mis brazos; encomendé la aniquilacion de los que tantos años hace que inquietan la tierra al solo peso de mis pisadas. Salí á pasear el afligido continente: en quatro zancadas me planté de Madrid á Dantzick, y en pocas mas desde Copenhague á la Calábria.

Y sin perder jornada, como quien se sacude el polvo del calzado, aplasté, á manera de hormigas, de la primera parada diez mil coraceros franceses, mas allá quarenta batallones de línea, en una parte diez mil dragones, en otra seis mil gendarmas; de un puntillón eché á volar por encima de las nubes todas las castas de canalla ligera, *chasseurs, tirailleurs, velites voltigeurs*; y de una coz rodaron hasta ahogarse en el Rhin todos los mamelucos, ellos, y sus caballos, con sus alfanges, gúrnias, y pistolas. Y luego, dando una media vuelta, me planté de pies sobre París, y aplasté toda la guardia imperial, y el Senado conservador: al Emperador no le pude divisar, por mas ojos que yo me hacia. Dispertéme, pues era inaguantable la pesadilla, y me hallé, lo que es Napoleon, otra vez una hormiguilla en este globo invisible en la inmensidad del universo, y exclamé: ¡O! Dios eterno: solo tú eres alto, tú solo grande; y no los Emperadores que representan la farsa de su vano poder en la mísera mansion de los mortales!

Mal haya el que inventó la pólvora, y el primero que la usó para la guerra! Sirviéra para castillos y artificios de fuego, que fuera para regocijo y diversion de los pueblos, y no para su terror y destruccion. Desde entonces han quedado ociosos los brazos y el valor personal de los hombres, y la fuerza y brio de los caballos y de los ginetes, que sin poder desplegar su ímpetu y velocidad quando convendría, han de sufrir el destrozo de la bala de cañon, ó de la metralla. Quando las lides campales se decidían al arma blanca, el paysano distaba menos del soldado; ó digase con mas propiedad, no habia soldados de oficio y de ordenanza. Pero los franceses, ya que no inventaron la pólvora, fueron los primeros que diéron el mal exemplo á la Europa de mantener en pié de guerra un exercito permanente. En el reynado de Carlos VII se formó uu cuerpo de diez y seis mil hombres entregimentados: y Luis XIV vino despues, poseido de su ambicion,